

*Para Cass Canfield*

9 de junio. La vida adquiere un aspecto completamente distinto gracias al éxito asombroso e inaudito de una obrita literaria sin pretensiones que se publicó el pasado diciembre y que, por increíble que parezca, es fruto de mi pluma. Reacciones muy interesantes y variadas de familia y amigos ante esta situación tan imprevista.

Mis queridos Vicky y Robin se deshacen en elogios, aunque no se les permite leer el libro, y me comparan con Shakespeare, Dickens, el autor de los libros del doctor Dolittle y el escritor, según Vicky, de las «Fábulas de Chopo».

Mademoiselle, quien sí ha leído el libro, solo comenta: «*Ah, je m'en doutais bien!*», lo cual me produce bastante inquietud aunque no sé decir exactamente por qué.

Robert no comenta casi nada, pero pasa varias veladas sentado con un ejemplar del libro y vuelve la página con cierta frecuencia. Cuando por fin lo cierra, dice: «Sí». Le pregunto qué le parece y, tras un largo silencio,

contesta que es divertido, aunque no tiene pinta de haberse divertido. Después menciona nuestra situación financiera, y ya puede hacerlo, puesto que de un tiempo a esta parte es grave en extremo. Coincidimos en que esto del libro debería cambiar un poco las cosas. La conversación deriva entonces hacia los méritos y deméritos del subsidio de desempleo, tema sobre el que Robert tiene opiniones contundentes, y yo trato de parecer inteligente y no acabo de conseguirlo, y luego se centra en las dificultades de obtener frambuesas aceptables de esquejes viejos y de mala calidad.

*12 de junio.* Carta de Angela, en la que expresa una perplejidad ante mi reciente éxito literario que me parece innecesaria. Llega también una nota de la tía Gertrude, quien dice no haber leído mi libro porque por regla general no le interesa la ficción moderna, pues no deja cabida a la imaginación. Personalmente, opino que, en el caso de la tía Gertrude, es una suerte, aunque por supuesto no le escribo para decírselo.

Cissie Crabbe, en una postal de San Francisco que, sin embargo, lleva el matasellos habitual de Norwich, me dice que una amiga le ha prestado un ejemplar del libro y que está deseando leerlo. Qué distinta de la querida Rose, quien ha gastado sin titubear siete chelines y seis peniques en comprarlo, pese al ejemplar gratis que le regalé yo el día de la publicación.

Llega la consabida comunicación del banco en la que me llaman la atención sobre un asunto que ya conozco demasiado bien, y me permito contestarles con inusitado tono de optimismo para asegurarles que espero en

cualquier momento un abultado cheque de mis editores. A dicha carta le sigue una epístola de redacción mucho menos segura al caballero sobre el que ha recaído hace poco el privilegio de actuar como mi agente literario, para preguntarle cuándo puedo esperar un pago de mis editores y de qué importe.

La cocinera me manda recado de que ha habido un desgraciado incidente con las chuletas y me pregunta si nos las arreglaremos con una lata de sardinas. Me veo obligada a aceptar, pues la única alternativa posible son huevos y harán falta para el desayuno. (Recordatorio: Hacer averiguaciones por la mañana sobre la naturaleza del desgraciado incidente.)

(Segundo recordatorio, más sincero: Tratar de no pasar la noche en vela y temblando ante la perspectiva de hacer dichas averiguaciones, sino recordar que es bien sabido que todos los criados desprecian a las señoras que les tienen miedo y que, por tanto, mostrarse firme es una táctica mucho mejor.)

*14 de junio.* Advierto entre los vecinos la curiosa y perturbadora tendencia a sospechar que Los He Incluido en un Libro. La mujer del párroco se muestra especialmente elocuente al respecto y afirma haber reconocido a todos y cada uno de los personajes en una obrita literaria mía anterior. Añade que ella nunca ha tenido tiempo para escribir un libro, pero que muchas veces piensa que le gustaría hacerlo. Sobre esas cositas, esos comentarios curiosos que oye aquí y allá todos los días de su vida en sus idas y venidas por la parroquia; esto parece Cranford, añade a modo de conclusión. Digo que sí, y tanto,

porque no se me ocurre nada más, y acto seguido nos despedimos.

Un poco más tarde, nuestro párroco me cuenta que él tampoco ha tenido tiempo para escribir un libro, pero que si lo hiciera, si dejara constancia de algunas de sus experiencias personales, nadie iba a creer que fueran ciertas. La realidad, dice nuestro párroco, es más extraña que la ficción.

Lo anterior da pie a las más singulares especulaciones en cuanto a la naturaleza de las increíbles experiencias vividas por el párroco. ¿Habrá estado involucrado tiempo atrás en un *crime passionnel*, o tomado parte en un duelo en sus lejanos días de estudiante, cuando lo mandaron a Heidelberg a aprender alemán? La imaginación, que siempre va muy por delante de la razón o incluso del decoro, me lleva a tales límites que me veo obligada a subir a hacer un inventario de la ropa blanca para cambiar el torrente de ideas que me ronda la cabeza.

En las escaleras me topo con Vicky, quien me dice sin preámbulos que si por favor puedo mandarla al colegio. Así, sin previo aviso, no puedo decirle ni que sí ni que no, de modo que me limito a mirarla en silencio. Añade un breve comentario para hacerme saber que a Robin lo mandamos interno cuando tenía su edad y retoma el camino escaleras abajo canturreando algo de palabras inaudibles y melodía irreconocible que, estoy segura, debería parecerme totalmente inadecuado.

La cuestión del colegio me preocupa sobremanera, y tengo la sensación de que, como feminista convencida que soy, es mi deber considerar muy seriamente el argumento que he citado más arriba.

15 de junio. Llegada del cheque de mis editores a través de mi agente literario, quien dice que seguirá otro pago más en diciembre. La cantidad excede mis más descabelladas esperanzas y escribo un acuse de recibo para expresar mi satisfacción al agente literario en términos sumamente histéricos que posteriormente me veo obligada a modificar por indecorosos. Robert y yo pasamos una agradable velada discutiendo sobre las ventajas relativas de un Rolls-Royce, la luz eléctrica y un viaje al sur de España —esta última sugerencia no es muy del agrado de Robert—, pero por fin decidimos pagar facturas y hacer algo con respecto a la hipoteca. Robert, muy espléndido, añade que haría bien en gastar una parte del dinero en mí misma, y ¿qué tal un collar de perlas? Digo que sí, para demostrar que me ha emocionado su amabilidad, pero no me comprometo con lo del collar de perlas. Me gustaría sugerir un pisito en Londres, pero me sobreviene una violenta e inexplicable inhibición y me encuentro con que no soy capaz de pronunciar esas palabras. Me voy a la cama sin haber mencionado aún el pisito, pero me hago el firme propósito, mientras me cepillo el cabello, de pedir cuanto antes una cita en Londres para hacerme la permanente.

Asimismo, le doy vueltas muy seriamente a la cuestión de que Vicky vaya al colegio y me encuentro con que llego al menos a tres conclusiones definitivas, todas diametralmente opuestas entre sí.

16 de junio. Carta singular de un completo desconocido que me pregunta si soy consciente de que a partir de ahora se me cerrarán las puertas de cualquier hogar de-

cente. Publicaciones como la mía, asegura, resultan dañinas tanto para el arte como para la moralidad. Me gustaría esclarecer este asunto, pero la firma es ilegible y la dirección altamente inverosímil, de modo que no puede hacerse nada al respecto. A falta de chimenea, recorro a la papelera, pero después tengo la impresión de que el servicio o los niños podrían descifrar esos fragmentos, de modo que vuelvo a sacarlos y, con grandes dificultades, prendo una hoguerita privada en un sendero del jardín.

(*Nota bene:* He aquí un ejemplo más de la acusada diferencia entre la vida real y la ficción. En los libros, los documentos de tamaño considerable siempre salen ardiendo a la menor provocación y se ven reducidos a cenizas al instante.)

La cuestión del colegio para Vicky se recrudece de manera violentísima y Mademoiselle llora en el sofá y dice que no piensa comer ni beber hasta que se tome una decisión. Le digo que su propósito no es nada razonable y le sugiero que tome leche malteada Horlicks, a lo que responde: «*Ah, ça, jamais!*», y no llegamos más allá. Vicky permanece impertérrita y pasa gran parte del rato con la cocinera y *Helen Wills*. Recorro a Robert, quien, al cabo de un largo silencio, me dice: «Haz lo que te parezca mejor».

Escribo para exponerle el caso a Rose, pues es la madrina de Vicky y una persona de lo más imparcial. Entretanto, en casa sigue reinando un ambiente tenso en extremo y Mademoiselle continúa negándose a comer. La cocinera hace el misterioso comentario de que es bien sabido que los extranjeros no tienen la virtud de la resistencia y se desmoronan a la mínima. Sin embargo, Ma-

demoiselle no se desmorona, sino que escribe un número espectacular de cartas, todas con tinta morada que se corre por todo el papel cada vez que llora.

Voy andando hasta el pueblo sin otro propósito que salir de la casa, que ahora me parece insoportable, y en la oficina de correos me preguntan si es verdad que voy a mandar a un internado a la señorita Vicky, con lo pequeña que se la ve. Contesto con una evasiva poco acertada y compro sellos. Emprendo la vuelta a casa por el camino más largo y me encuentro a tres personas, una de las cuales me pregunta con tono compasivo cómo está la dama extranjera. Las otras dos se contentan con lamentar la noticia de que vayamos a quedarnos sin la señorita Vicky.

Entro casi a rastras, la viva imagen de la culpa, y me llevo una sorpresa tremenda cuando veo a Vicky, a quien ya imaginaba como una exiliada moribunda, con un aspecto de lo más radiante, tendida boca arriba en el vestíbulo comiendo caramelos de menta. Comenta con indiferencia que necesita una esponja nueva y nos separamos sin más conversación.

*17 de junio.* Mademoiselle da muestras de mejoría y se toma una taza de té a las once, pero después vuelve a recaer y tiene *une crise de nerfs*. Le sugiero que se meta en la cama y la escolto hasta ella. Cuando pienso que ya puedo dejarla allí sin peligro, envuelta en pequeños chales y el edredón, me llama y me pregunta débilmente si me parece que su salud aguantará la vida en un convento. Me niego, espero que con tono amable, a hablar de esa cuestión y salgo de la habitación.

En el segundo correo del día viene una carta del Club Literario, a uno de cuyos actos asistí una vez en Londres. Me comunican que ahora soy miembro y tienen el detalle de adjuntar una orden bancaria para facilitarme el pago de la suscripción; también incluyen información sobre el Congreso Internacional que se celebrará en breve en Bruselas, al que tienen la certeza de que desearé asistir. Decido que, en efecto, me gustaría asistir, pero tengo mis dudas sobre si conseguiré convencer a Robert de lo imprescindible de mi presencia para el bienestar de la literatura. Me gustaría enfrascarme de inmediato en el tema, pero durante el almuerzo todo se ve eclipsado por el devastador anuncio de que la bomba no funciona y no tenemos agua en la casa. El almuerzo adquiere de inmediato visos de Pascua judía, y Robert se niega a comerse el queso y se marcha con el jardinero a intentar que la bomba vuelva a cumplir con su cometido, lo que consiguen más o menos al cabo de dos horas y media.

18 de junio. La querida Rose, siempre tan categórica, escribe para recomendar que mandemos a Vicky al colegio. Uno mixto, añade con firmeza, y con el método musical de Dalcroze. Robert, cuando se lo cuento, se opone terminantemente a que una hija suya se críe entre indígenas, sean cuales sean. No consigo sacarlo de ahí ni que vea que eso es irrelevante para el plan educativo que estamos discutiendo.

Rose me manda las direcciones de dos colegios, afirma saberlo todo sobre ambos y me invita unos días a Londres con ella para inspeccionarlos. Le explico a Robert

que puedo combinar la inspección con mi nueva permanente, pero es evidente que no está muy receptivo porque sigue inmerso en el *Times*.

Con el correo viene también una nota oficiosa de la prima Maud, la pariente de la anciana señora Blenkinsopp, quien me hace saber que, si busco colegio para mi mocosa, podría recomendarme en su querido Roedean. No pienso ni darme por aludida.

20 de junio. Cometo la audacia de escribir a la secretaria del Club Literario para hacerle saber que acompañaré a sus miembros a Bruselas y asistiré a la conferencia. Tan consciente soy de que dentro de menos de una hora estaré lamentando haber escrito la carta, que mando a Vicky al pueblo con instrucciones de llevarla a correos en lugar de dejarla en el buzón de la entrada como de costumbre.

(Duda: ¿Denotará mi proceder una gran fortaleza de carácter o todo lo contrario? La respuesta surge de inmediato en mi pensamiento, pero no veo razón para ponerla por escrito.)

Mademoiselle reaparece en el círculo familiar, y por lo visto ha decidido que ir de medio luto casa bien con la crisis actual, pues lleva un vestido negro al que le ha quitado los accesorios verdes originales, y tiras de tul color malva envolviéndole la cabeza y el cuello. Cuando se topa con ella en las escaleras, Robert pregunta amablemente: «¿Tubían mamuasel?», a lo que Mademoiselle replica con una parrafada enrevesada; Robert se limita a contestar: «Ah, güi», y sigue su camino. Un rato después Mademoiselle le dice a Vicky, quien me lo

cuenta, que no es siempre la educación, ni siquiera la inteligencia, lo que distingue a un caballero.

Por la tarde reviso la ropa blanca y me encuentro con un inexplicable déficit de toallas de mano y con que las servilletas, por otra parte, son más numerosas que nunca. Como de costumbre, a las mantas les vendría bien un lavado, que no puede llevarse a cabo por falta de recambio, y hacen muchísima falta sábanas nuevas. Las añado en la lista de cosas que comprar en Londres, cada vez más larga. Justo cuando vuelvo a bajar por las escaleras, llena de pelusa de las mantas y apestando a alcanfor, un enorme automóvil se detiene en impecable silencio ante la puerta principal y se apea de él una perfecta desconocida tocada con un flamante sombrero del tamaño de un platillo de café con una pluma cayéndole sobre un ojo. Salgo a su encuentro con elegante cordialidad y le digo: «Pase, pase». Eso hace, y nos sentamos en el salón, donde nos miramos durante diez minutos y charlamos de la radio, del vecindario (que evidentemente no conoce), de la situación en Alemania y de muebles antiguos. Resulta que se trata de la señora Callington-Clay, que se ha mudado hace poco a una casa a más de treinta kilómetros de distancia.

(No consigo imaginar qué me llevó a visitarla, pero recuerdo con claridad haberlo hecho y el inmenso alivio que sentí al comprobar que había salido.)

Una vieja amiga mía, me cuenta la señora Callington-Clay, es vecina suya. ¿Me acuerdo de Pamela Pringle? Me veo obligada a decir que no. ¿Quizá la conocí como Pamela Templer-Tate, entonces? Repito que no y me contengo para no añadir con cierta aspereza que en mi vida he oído hablar de esa persona. La señora C.-C. no

se arredra y sugiere con la mayor frescura el nombre de Pamela Stevenson, que yo vuelvo a rechazar. La señora C.-C. declara en ese punto que tengo que acordarme de Pamela Warburton. Para entonces estoy bastante aturdida, pero admito que sí, que veintitrés años atrás conocí a una chica increíblemente guapa que se llamaba Pamela Warburton en un picnic en la orilla del río. ¡Pues ahí lo tiene!, exclama la señora C.-C. Pamela Warburton se casó con un hombre apellidado Stevenson, se fugó con un tal Templer-Tate, pero esta última relación fracasó, explica la señora C.-C., y acabó en divorcio. Ahora está casada con el señor Pringle (muy rico, con algún cargo en la City). Los críos de Templer-Tate viven con ellos, pero no el que tuvo con Stevenson. Tienen una casa preciosa cerca de la región de Somersetshire, y la señora C.-C. confía en que vaya a visitarlos algún día. Estoy demasiado perpleja ante la extraordinaria actividad de mi contemporánea para decir otra cosa que «Sí, claro», y expreso débilmente y con muy poca sinceridad que espero que continúe siendo tan guapa como a los dieciocho, lo cual es una soberana tontería.

Finalmente, la señora C.-C. comenta que le gustó mi libro; le digo que es muy amable por su parte, y pregunta entonces si lleva mucho tiempo escribir uno, a lo que yo contesto «Oh, no, qué va», aunque, acto seguido, me parece muy engreído y desearía haber dicho «Oh, sí», y se marcha.

Me contemplo en el espejo y me embarco en un doloroso e involuntario ejercicio de imaginación en el que aventuro la probable descripción de mí misma que le dará la señora C.-C. a su marido a su regreso a casa. Salgo de semejante fantasía en estado muy desmade-

jado. Lamentaría mucho relacionar mi estado, en el sentido que sea, con la singular carrera de Pamela Pringle que me han descrito esta tarde. Al mismo tiempo, no puedo negar que nuestros caminos en la vida han divergido mucho desde la remota ocasión del picnic en el río. No consigo imaginar circunstancia alguna en la que pudiera llegar a separarme de dos maridos, uno detrás del otro, pero quedo extrañamente deprimida ante la inevitable convicción de que mis oportunidades para hacerlo han sido prácticamente inexistentes.

Le escribo a Rose para decirle que iré a pasar unos días con ella la semana próxima para inspeccionar posibles colegios para Vicky, pero que no puedo prometerle que alguno goce de mi aprobación.

21 de junio. Agradable diversificación en el correo con la insólita preponderancia de recibos sobre facturas.

Hago la maleta para Londres y le explico a Robert que voy a irme a Bruselas para participar en una conferencia literaria de importancia internacional. No parece haberlo asimilado, de modo que vuelvo a explicárselo. Advierto con pesar que mi explicación degenera gradualmente en algo más parecido a una disculpa quejumbrosa que a una declaración firme de intenciones razonables. Mademoiselle aparece poco después del desayuno y me dice, con frialdad y afectación, que le gustaría hablar conmigo cuando disponga de diez minutos. Digo que dispongo de ellos en ese preciso instante, pero dice que no, que no es su intención *déranger la matinée* y que preferiría esperar; en consecuencia, paso una mañana horrorosa a la espera

de que tenga lugar la entrevista y sin poder pensar en otra cosa.

(Recordatorio: Esta actitud es decididamente infantil, pero no puedo librarme de una abrumadora sensación de culpa.)

La entrevista con Mademoiselle tiene lugar después del almuerzo y resulta tan enteramente desagradable como había previsto.

(Recordatorio: Esa extendidísima generalización de que las cosas nunca son tan malas como uno espera ha resultado, una vez más, una mentira de tomo y lomo.)

He aquí las conclusiones principales a las que llego tras tan perturbadora conferencia: (a) Que Mademoiselle es *pas du tout susceptible, tout au contraire*; (b) que se siente profundamente *blessée*, y *froissée*, y *agacée*, y (c) que sería capaz de soportar cualquier clase de humillación y privación con tal de que, al menos, le subieran la cena puntualmente.

Esta introducción repentina de un elemento completamente nuevo en la ecuación me supera por completo, y las dos nos echamos a llorar.

Entre sollozos, digo que ambas no deseamos otra cosa que lo mejor para Vicky, y Mademoiselle responde con el ofrecimiento de cortarse en mil pedazos, tras lo cual las dos quedamos de acuerdo en posponer la discusión por el momento.

Los franceses no solo resultan en extremo agotadores para sí mismos y los demás en momentos de tensión, sino que además tienen un talento muy acusado para transferir su propia capacidad emotiva a aquellos con quienes tratan.

Se me pasan por la cabeza interesantes especulaciones



en cuanto a la probable reacción de Robert, de haber estado presente, a la conversación que acabo de tener con Mademoiselle, pero estoy demasiado exhausta para darle más vueltas a la cuestión

23 *de junio*. Llegada a Londres, con la mayor sensación de alivio posible. Rose me echa un vistazo y, acto seguido, me pregunta si se ha muerto alguien en casa. Le explico qué clase de condiciones atmosféricas han impedido allí últimamente y me asegura que lo comprende muy bien y que cuanto antes me haga la permanente, mejor. Siguiendo su consejo, pido hora en la peluquería.

Vamos a ver a Charles Laughton en *Pago diferido*, y mi opinión de que es el actor más inteligente que he visto en mi vida queda confirmada. Será en los escenarios ingleses, especifica Rose con actitud muy cosmopolita, y digo «Sí, claro», muy convencida, y confío en que no sepa que mi experiencia con cualquier otro escenario se limita a una representación de *La Grande Duchesse* a la que acudí de niña en Boulogne y a una ocasión en que vi a los Guitry en París, hará unos once años.

24 *de junio*. Rose me lleva a visitar un colegio, pero dice estar segura de que no me gustará. ¿Y por qué vamos, entonces? Contesta que vale más no dejar piedra por mover y que así me haré una idea de cómo están las cosas.

(Cuando le doy vueltas a su respuesta, me parece de lo más inadecuada, pero en el momento en sí me convence.)

Vamos en tren hasta un amplio centro de ladrillo rojo en lo alto de una colina y rodeado por gravilla de color ocre que no me gusta nada. La directora, una mujer vivaracha cuyo tono tiende al morado y al amarillo canario, con lo que no puedo evitar establecer para mis adentros un paralelismo entre ella y el edificio, nos recibe en una sala grande y gélida. Cruzo una rápida mirada con Rose y percibo que su impresión no es favorable, como me pasa a mí, y que ambas sabemos que ese sitio queda descartado; aun así, nos vemos obligadas a desperdiciar la mañana entera inspeccionando aulas —frías y con demasiada luz—, dormitorios —tan ordenados que da pavor, y con mantas rojas como en un manicomio— y un gimnasio con aparatos de aspecto peligroso.

Los críos se ven sanos, con excepción de una niña que lleva una pierna vendada; cuando pregunto, la directora le quita hierro a la cosa y explica que solo tiene furúnculos, y añade que la criatura nació en la India. (Semejante hecho debió de tener lugar hace al menos diez años y es imposible que guarde relación con el caso.)

A espaldas de la directora, Rose vocaliza en silencio una larga frase de la que no entiendo una sola palabra y luego sacude con energía la cabeza. Sacudo la mía también y acto seguido nos enseñan la capilla, helada y nada acogedora, y la enfermería, donde una cría tristonera con una incongruente rebequita roja sobre el uniforme se sienta con desánimo ante un rompecabezas de aspecto infernal y antigüedad extrema.

«Hola, encanto», le dice la directora, no muy convencida, a lo que encanto responde con una mirada de pánico, y volvemos a salir.

«¡Pobrecita!», comento, y la directora, más vivaracha que nunca, contesta: «A nuestros niños les encanta la enfermería, aquí lo pasan fenomenal». (Obviamente no es cierto, y si lo fuera, daría una pésima imagen del grado de diversión que impera fuera de la enfermería.)

La directora, quien en todo momento se ha referido a Vicky con el impersonal apelativo de «su hija», nos pone en las manos una aterradora colección de documentos, que ella llama «pormenores»; respondo que ya le escribiré, dicho lo cual regresamos a la estación.

Le digo a Rose que no puedo creer que esa fuera su idea del sitio que estoy buscando, pero se disculpa y me dice que el siguiente colegio será muy distinto y que sabe exactamente, por cierto, qué clase de sitio busco. Acepto lo que dice y nos distraemos en el viaje de vuelta a Londres contándonos cuánto nos han desagradado la directora, su establecimiento y todo lo relacionado con él. Hasta llego al punto de sugerir escribirles a los padres de la niña vendada, pero como no sé el nombre de la cría ni el de ellos, la cosa queda ahí.

(De cuando en cuando me inquieta recordar un axioma santurrón de mi tierna infancia, según el cual habrá que dar cuentas en el más allá de cada palabra dicha porque sí. Si en efecto resulta cierto, preveo una eternidad de lo más ajetreada para muchos de nosotros.)

*25 de junio.* Me hacen la permanente, con la consabida sensación intermitente de que aquello no puede valer la pena por nada del mundo y el convencimiento en última instancia de que sí la vale.

El peluquero me cuenta que esta semana ha hecho cinco cabezas y que todas le han quedado preciosas. También me asegura que no me dejará sola en el secador y añade que por nada del mundo dejan sola a una clienta en esa fase, lo cual suena un poco siniestro y me deja aterrada. Sin embargo, salgo sana y salva y se declara que mi cabeza también ha quedado preciosa, lo cual es verdad.

Vuelvo al piso de Rose, le enseño mis ondas y ella me dice que parezco quince años más joven, lo que me lleva a preguntarme qué aspecto tendría antes y desde cuándo.

Rose y yo vamos de tiendas, y en todas buscamos mi reciente publicación en el escaparate, coincidencia que solo se da una vez. Rose sugiere que, donde no veamos mi libro, entremos y lo pidamos con expresiones de perplejidad; digo que eso deberíamos hacer, en efecto. Y la cosa queda ahí.

*26 de junio.* Vamos a ver otro colegio y tanto la directora como el precioso y antiguo edificio y los jardines nos causan buena impresión. La educación, sin embargo, parece centrarse por completo en las manualidades —tapetitos de rafia verde y cajitas de cartón color malva— y en la expresión personal, con lo que los modales en la mesa de algunos alumnos no nos parecen en absoluto satisfactorios. Una vez más, decidimos que el colegio no cumple con nuestras expectativas y nos marchamos.

Rose me lleva a una fiesta, donde me presenta a varios escritores, un hombre y ocho mujeres. Llevo un vestido

malva nuevo, que he comprado esta misma tarde, y con él y la flamante permanente me veo muy guapa, pero debo recordar forrar los zapatos de noche porque el brocado dorado está muy gastado y resulta inadecuado.

Una novelista alta me cuenta que es amiga de un amigo de una amiga mía —me viene a la memoria una canción popular— y resulta que se refiere a un joven caballero a quien conocí con el nombre de Jahsper y cuya presencia nos impuso la señorita Pankerton. Presa del espanto y la consternación, evito a la novelista alta durante el resto de la velada.

28 de junio. Me reenvían una carta desde casa, escrita por mi contemporánea de hace veintitrés años, a la sazón Pamela Warburton y ahora Pamela Pringle. Ha oído hablar muchísimo de mí a la señora Callington-Clay (quien solo me ha visto una vez y no puede haberle dicho gran cosa sobre mí, aparte de que existo) y le encantaría volver a verme. ¿Me acuerdo del picnic en el río en aquellos adorables viejos tiempos? Desde entonces han pasado muchas cosas, escribe Pamela Pringle —a ella sí, desde luego—, y quizá me habré enterado de que, tras muchas tribulaciones, ha encontrado por fin la paz y confía en que sea duradera. (Me pasa por la cabeza la poco caritativa reflexión de que a P. P., visto el carrerón descrito por la señora Callington-Clay, más le vale no contar con ello si con esa «paz» se refiere a la estabilidad conyugal.)

¿Pasaré a visitarla pronto —pregunta Pamela lastimera— para rememorar los viejos tiempos?

Contesto por escrito que lo haré a mi regreso, aunque

no tanto por los viejos tiempos como por pura curiosidad, pero como es natural no menciono este segundo (y mezquino) motivo.

Voy a un gran establecimiento donde tienen rebajas, para comprar sábanas. A la vuelta, descubro horrorizada que no solo he comprado sábanas, sino también un vestido de encaje azul, seis cuadernos de papel de carta pautado, un pasador de pelo, un retal de brocado rojo y una esterilla de baño blanca y negra, reversible y con una pequeña tara.

No consigo imaginar cómo puede haber ocurrido algo así.

Rose y yo vamos a ver una película francesa, *Le Million*, y nos divertimos mucho. Al salir nos encontramos con un canadiense, un viejo amigo de Rose, claramente, quien nos invita a cenar y al teatro la noche siguiente y añade que traerá a un amigo suyo. Aceptamos y vuelvo a felicitarle por el éxito de mi permanente.

Me remuerde la conciencia y le insinúo a Rose que yo he venido a Londres a ver colegios. «Sí, sí», contesta, y añade que hay uno más en su lista que sin duda me gustará y que iremos a verlo esta tarde.

Le pregunto a Rose por su amigo canadiense y me explica que se conocieron cuando ella estaba de viaje por Italia, lo cual me parece un poco ridículo. Añade que es muy simpático y que su madre está en Ontario. Me acuerdo de Ollendorf, pero no lo digo.

Después de almorzar —unas chuletas excelentes que no se parecen en nada a un plato de nombre similar que aparece a intervalos frecuentes en casa—, vamos en el autobús de la línea verde hasta Mickleham, cerca de Leatherhead. Allí descubrimos el colegio perfecto, un

colegio donde la directora pregunta al instante cómo se llama Vicky y a partir de entonces la llama por su nombre, donde el edificio, el jardín y los niños resultan encantadores por igual, donde no se ven vendajes por ninguna parte y donde las manualidades, eso es evidente, reciben la atención justa. Sobre la mesa reposa *Time and Tide*, mi revista favorita, y Rose, ya bastante al principio, asiente con vehemencia con la cabeza a espaldas de la directora. Le contesto con el mismo gesto, pero intuyo que causaré mejor impresión si me voy de allí sin comprometerme del todo. Lo consigo y, tras una breve conversación sobre precios, que son bastante razonables, nos marchamos. Rose se muestra entusiasmada y yo digo que debo consultarlo con Robert, aunque sobre todo *pour la forme*, y las dos tenemos la impresión de que el futuro de Vicky está decidido.

29 de junio. Éxito colosal de la velada ofrecida por el canadiense de Rose. Trae consigo a un amigo americano encantador, cenamos en un restaurante exótico y caro, lleno de celebridades de los ámbitos literario y teatral, y vamos a un espectáculo de variedades. El amigo americano dice que tiene entendido que he escrito un libro, pero no parece tenerme en mal concepto por ello, y después se interesa por el título, lo anota con gesto formal en el programa y se lo mete en el bolsillo.

Nos llevan al Berkeley, donde permanecemos hasta las dos de la mañana, y finalmente nos escoltan hasta el piso de Rose. El americano quiere saber si yo también tengo un piso; contesto que no, por desgracia, y todos convenimos en que es una verdadera pena y que debería

ponerle remedio de inmediato. Sigue una discusión de lo más animado en la acera, con un taxi esperando a un coste exorbitado.

Al final nos separamos y le digo a Rose que ha sido la velada más maravillosa que he pasado en años; contesta que el champán suele producir ese efecto y nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones.

Duda que se plantea por sí sola: ¿Cabe lamentarse siempre de los efectos del alcohol? ¿Acaso no cumple a veces el útil propósito de aumentar la autoestima? La respuesta a la segunda pregunta, esta noche, es indudablemente «Sí», pero no estoy en condiciones de predecir cuál será mi reacción de mañana.

30 de junio. Caigo en la cuenta, perpleja, de que tengo prácticamente encima la conferencia literaria de Bruselas y que aún tengo muchas tareas pendientes: el equipaje, el pasaporte, sacar los billetes y cambiar dinero. Consigo hacer gran parte de esas cosas, con ayuda de Rose, y le escribo una larga carta a Robert para decirle adónde telegrafiarle en caso de que les pase algo a los niños.

Decido viajar con un atuendo de seda a cuadros grises y blancos.

Llamo por teléfono a la secretaria del Club Literario para averiguar más detalles, y una subalterna me dice con cierto tono de reproche que la conferencia ha dado comienzo esta mañana y que todos cruzaron el Canal ayer. Me deja atónita, pero Rose me anima, como de costumbre, y dice que no tiene importancia; cuando lo pienso bien, estoy de acuerdo con ella. Pasamos una

agradable velada, hablando sobre todo de nosotras, y Rose pregunta en cierto punto que para qué voy a ir a Bélgica, pero ahí me planto y digo que los planes son los planes y que, además, quiero conocer el país. Lo dejamos ahí.

*2 de julio.* No consigo decidir si va a hacer frío o calor, pero al final me inclino por el calor y me pongo el traje de seda a cuadros grises y blancos, pues pienso que me queda bien, y un sombrero negro. El cielo se nubla de inmediato y de pronto empieza a hacer fresco. Cuando acabo de hacer el equipaje el tiempo se ha vuelto decididamente frío y me veo obligada a sacar el traje de chaqueta azul con el jersey de Shetland y ponérmelos en lugar del conjunto de seda a cuadros grises y blancos, que deposito de mala gana en la maleta, donde va a arrugarse todo. El sombrero negro no casa bien ahora y me paso largo rato probándome los que quedan en el armario, tres en total.

De repente caigo en la cuenta de que es tarde, pues el tren al barco sale dentro de una hora, y cojo un taxi hasta la estación. La aterradora certeza de que voy a perderlo hace que me siente en el borde mismo del asiento del taxi, en una postura extremadamente incómoda que desembocará en intensas molestias musculares. Dicho hecho, sin embargo, u otra causa sin especificar, hace que llegue a la estación Victoria con más de veinte minutos de antelación.

Un mozo me encuentra un asiento y le pregunto si se podrá comer algo en el tren. En el barco, y si es que tienen comida, es su inquietante respuesta. Decido com-

prarme un poco de fruta y me dirijo a unos gigantescos almacenes de cristal, donde me encuentro con melocotones ingleses a un chelín cada uno, cestitas con fresas, y melocotones de calidad inferior y nacionalidad no especificada a diez peniques. En ese punto, quedo horrorizada al oírme preguntar si podrían ponerme dos plátanos en una bolsa, por favor. No me sorprendería en lo más mínimo que el tipo se negara a servírmelos. Pero me los sirve y vuelvo al tren con plátanos incluidos.

Consigo embarcar sin incidentes. Travesía más llevadera de lo habitual, y solo tengo que recurrir una vez al viejo remedio de recitar «Alarde de aguerridos austríacos».

Llego a Bruselas y me persono en el Hotel Britannia a las ocho en punto. Profusión de felpa roja, absurdas molduras doradas y miembros del Club Literario. Nos miramos mutuamente con espanto y desconfianza. (Duda: ¿Será típica de los ingleses esta reacción? ¿Y prohibirá el patriotismo la convicción de que no es de admirar en absoluto? Los americanos son totalmente distintos y por tanto, me inclino a creer, mucho más simpáticos.)

Por fin me encuentro cara a cara con mi vieja amiga Emma Hay, autora de obras dramáticas de mucho éxito. Mi querida amiga viste de un verde esmeralda que le sentaría mal prácticamente a cualquiera, y lleva una asombrosa cantidad de anillos, broches y collares. Exclama que se alegra mucho de verme y pregunta si he conseguido por fin cortar amarras. Contesto que no, en absoluto, y sugiero que cenemos juntas. Emma me presenta entonces a una larga serie de lumbreras literarias, la mayoría de las cuales parecen ser delegados de los Balcanes.

(*Nota bene*: Lamentaría mucho, muchísimo, que de pronto alguien me hiciera dar detalles sobre la situación de los Balcanes y las partes que los integran.)

Me percato, sin sorprenderme en lo más mínimo, de que los balcánicos ignoran mis intentos por parecer distinguida en igual medida que yo los suyos, y mantenemos una amistosa conversación sobre Bélgica: la popularidad del rey Alberto, el corte a lo paje de la reina Isabel y lo bien que viste, y luego nos preguntamos unos a otros si conocemos al señor Galsworthy, que no es el caso.

3 de julio. Por la mañana se celebra la conferencia literaria. Los balcánicos hablan en francés, muy elocuentes, y unos intérpretes no demasiado buenos traducen al inglés. Descubro en varias ocasiones, y con pesar, que mi atención vaga hacia temas que nada tienen que ver, como el matrimonio en igualdad de condiciones, la falta de radiadores en la iglesia del pueblo y las dificultades para conseguir hielo. Para sentir que mi presencia en la conferencia está justificada, tomo notas en el dorso de una tarjeta de visita. Más tarde, cuando las leo, descubro que remiten a la compra de postales para Robin y Vicky, a un recordatorio de que al vestido de noche azul le harán falta unas puntadas para poder ponérmelo y a la necesidad de averiguar el paradero de Monsieurs Thomas Cook & Son por si me quedo sin dinero, algo más que probable.

Emma me presenta al delegado italiano, quien hace una reverencia y me besa la mano. Tengo la certeza de que a Robert no le gustaría un pelo esta costumbre continental. La conferencia sigue su curso. Me siento al

lado de un poeta (moderadamente) famoso que no me presta atención, ni a mí ni a nadie. La querida Emma, siempre tan vivaracha, aprovecha un descanso en la conferencia para presentarnos, a mí y al poeta contigo, a más balcánicos. El poeta continúa aletargado y un balcánico entradito en años, que ha tratado por equivocación de darle conversación, desiste con una amarga exclamación: «*Ne vous réveillez pas, monsieur*».

Clausura de la conferencia que da pie a conversaciones generalizadas, con Emma llevando a cabo muchas presentaciones, incluida una vez más la del delegado italiano y una servidora. El italiano no da muestras de haberme visto antes, y solo puedo concluir que ni mi aspecto ni mi personalidad han conseguido causarle la más mínima impresión.

Me descubro preguntándome para qué habré venido a Bélgica. Me gustaría pensar que lo he hecho por razones literarias, pero tengo mis dudas y me siento poco dispuesta a indagar más en la cuestión. A veces la naturaleza humana femenina resulta un tema de especulación francamente desalentador.

Dedicamos la tarde a hacer turismo. Visitamos el admirable ayuntamiento, donde nos recibe el alcalde, que pronuncia un discurso, primero en inglés y luego otra vez entero en francés. Siguen otros discursos como réplica y, acto seguido, un vigoroso caballero belga nos lleva a todos a recorrer Bruselas a pie. Me encuentro mostrándome de acuerdo con un menudo y acalorado delegado —nacionalidad desconocida, pero acento rarísimo—, quien me dice con desaliento mientras pateamos los adoquines: «*C'est un tour de la Belgique à pied, hein?*».